

Los "Discursos" del Doctor Irureta Goyena

Escribe Carlos Real de Azúa

Especial Para MARCHA

I

Estas páginas de Irureta Goyena son todas —es cierto— páginas de circunstancia. Pero si la circunstancia buscó su palabra, su pensamiento buscó la circunstancia para decirse, o —precisando mejor— eligió entre las disponibles, aquellas que más libre y significativamente se lo permitían. Por eso es que seguirlas brevemente en su riqueza temática, como vapores a hacerlo, es seguir una madura perspectiva personal al mismo tiempo que un grávido tercio de siglo de la vida del país.

II

Una parte de este volumen recoge los discursos que el Dr. Irureta pronunciara en los congresos rurales (de la Asociación primero, de la Federación después), piezas rituales e infaltables que alguien, y después él mismo, calificara con humorismo y precisión de "discursos de la Corona".

De ahí, hasta 1928, domina la tónica de la presunta persecución oficial a los intereses productores, y la presentación de un creciente divorcio entre "el país real" y "el país legal". De un lado, "carne y vellón, campo y vida dura; del otro: oratoria, parasitismo y resentimiento. (De este esquema, que en Irureta no es demasiado explícito y nunca enconado, podrá decirse que en su cuna maurrasiana sirvió a menudo en Europa a malas causas; no deberá discutirse, creo, que la posibilidad de tal divorcio y de esa doble existencia debe estar inscrita en la brújula de toda buena política).

A partir del 23 surge en esos discursos rurales el tema de la crisis de la primera postguerra, traída por la baja de los precios de exportación de la producción ganadera. Aunque reconozca Irureta la imprevisión ilusa de los ganaderos que no supieron seguir el ejemplo de la hormiga de La Fontaine, lo traída a primera fila es el ataque a los frigoríficos extranjeros, que no pagan lo que deben y absorben en una epilógica operación las ganancias de todo el proceso. Esta presentación se viste con una nota antimperialista que no por fugaz deja de estar menos vigorosamente afirmada (págs. 302 a 306, etc.). Irureta creía, naturalmente, "en el principio de la libre acumulación y circulación del capital: como auténtico individualista no pareció ver con mucha simpatía la desnaturalización anónima y gigantesca de libertad de empresa en el monopolismo. Además, el imperialismo que ataca es el norteamericano, y no es casual —ni contradictorio— que lo hiciera un hombre que fué anglófilo tan pleno y entusiasta, en una época, antes de 1935, en que serlo no merecía una nota demasiado buena en el país oficial.

El recelo al industrialismo registra en los últimos discursos una hostilidad que estos años parece ampliamente reconciliada. El proceso de concentración de los grupos no resulta difícil de ejemplarizar. La colisión, empero, tiene aún vitalidad: el tema del diferente tratamiento fiscal de ambos grupos, aflora un poco siempre y subraya y prolonga la frecuente grito de los grupos productores contra la albergada clase de los tenedores de papeles.

Al margen de estas consignas del momento, tratan estas piezas cuestiones casi siempre novedosas en su hora:

Sim embargo, esta condición de espaldarazo litúrgico a las deliberaciones, no quita a los discursos rurales de Irureta un siempre variable, batallador y —sobre todo— sintomático sentido. Cuando se estudie metódicamente la historia económica y social del Uruguay, no podrá prescindirse de estas oraciones, como pieza de convicción primerísima en la organización institucional y en la cimentación de una ideología de la clase patronal ganadera, en un proceso que se inicia a principios de siglo y aún continúa ininterrumpidamente. El trabajo que desarrollase entre nosotros las deducciones de un material, vgr. tan usado —y a veces desperdiciado— por Luis Roque Gondra en su "Historia Económica de la República Argentina, registraría alguna de estas notas:

Como rasgo preliminar, hasta 1915, la apología de la paz creadora y la denuncia de las amenazas recurrentes de guerra civil.

Irureta podría discutirse y se discuten: encarnó, con todas las restas del buen sentido y de una bien enquistada humanidad, uno de los, entre nosotros, raros ejemplares (por lo menos confesos) de los que en Chile reciben el nombre erudito, pero certerísimo, de "manchesterianos".

Su individualismo económico y social se autentiza en algo que cabe llamar un individualismo vital, predoctrinal alzándose sobre una reiterada reverencia a los valores morales de afirmación personal: ese honor al que era "tan sensible", "como todas las almas bien nacidas" y que rebrota constantemente en todos sus discursos (págs. 116, 161, 241, 242, 265, 292); esa lealtad (a la virtud conradiana, que un mundo, despersonalizado ignora o menosprecia, ese "interés" motor de la vida, y esa fe en la capacidad soberana de cada uno.

Era en el fondo "un conservador a la inglesa", y también "a la vasca", de esos que florecen en la Inglaterra eduardiana y georgiana, y que aún tascan el freno en Birmingham o en Leeds. Su individualismo económico, propietario, antifiscalista, se unía, en una clara filiación liberal clásica, a una fe en la tolerancia y en el benevolente entendimiento que tan beligerante sentido tuvo en el Uruguay hasta 1930.

Se alinean bajo el mismo signo su desconfianza de toda

igualdad no natural, su preferencia por la lenta evolución ("natura non facit saltus"), su subrayado de la unidad y responsabilidad en el gobierno, que le llevó a su resistencia a la Constitución de 1917 (fué suya la expresión de "máximo de gobernantes y mínimo de gobierno"); su hostilidad a lo que él llamara "el inquietismo uruguayo", su afirmación de los valores "forales" de la existencia social: disciplina, tradición, solidaridad, obediencia, fervor; su sentido de lo concreto, su "realismo", su repudio de lo verboso y apriorístico, su opción por la voluntad y "lo vital" contra la inteligencia pura.

IV

Tal política, concebida por lo menos como un todo, parece derrotada en el país y en el mundo. Pienso —y todavía permanece en lo general— que cualquiera que no confunda un fácil mimetismo del medio con los presuntos mandatos de "la historicidad", tendrá que reconocer que una convicción quebrantada no es una convicción terminada. En la cuestión, ya, sostengo que en una más sana economía de un tiempo como el nuestro, trágico, contradictorio, insanablemente dualista, algunos elementos de ese individualismo histórico deberán ser salvados, por lo menos para una función contrapuntística de esas vigencias que hoy parecen incontestables.

Más o menos confusamente se piensa desde todos los lados en que un pensamiento vale o más simplemente, en que puede hablarse de tal, que la distinción entre "persona" e "individuo" que postulan algunas filosofías es algo más que un artificio dialéctico: que es una realidad distinta la que amenaza la propagandembrotecedora, la destrucción de la creencia en una cierta espontaneidad y actividad de espíritu o la ruptura —ego centrada o maquinística— de los puentes de comunicación con la vida y el cosmos que aquella a que apunta la prohibición del contrabando en la frontera o el principio de percepción de las ganancias elevadas. Más o menos confusamente sentimos que hay algo que vale la pena afirmar y algo que lo mejor de nosotros nos dice que por ello no merece librarse una batalla. Más o menos oscuramente, que hay dos faenas difíciles, heroicas, delicadísimas: salvar primero de todas sus amenazas ese íntimo meollo de un ser; renunciarlo, negarlo después en algo mejor que en esas realidades "de cemento y muchedumbre" de que habla alguno, con un itinerario del que algo nos ha enseñado T. S. Eliot y Aldous Huxley. Pienso que no todo lo que predicaba Irureta viajaría cómodamente en este camino, pero sé que menos cabe la fe en el papeleo infinito, en la burocracia divinizada, en el ordenado roce solidario.

La robusta confianza de Irureta en las posibilidades del individuo y de la libertad parece un ingrediente irrenunciable en nuestra tradición nacional, si se la libra de adherencias históricas y si no se nos pasa de rondón como libertad individual la libertad consorcial o directorial. Y es claro que en esta fe de Irureta, de claro abolengo euskaro, hay vetas de mayor modernidad que en las creencias de sus antagonistas: Hayek y su "Road to the Serfdom" no son menos modernos vgr. que León Bourgeois y su "solidarismo" sino justamente, infinitamente lo contrario. Y anotemos que estas creencias de Irureta estaban generalmente libres de nostalgia o de ese fácil gesto concesivo que se ha llamado "paternalismo". Salvo en cierto discurso de 1920 en que dejaba a cargo del patrón el ahorro a que el peón no estaba habituado, sus ideas se hallaban lejos de esa tacha; en su hora abrieron valientemente el paso a la llamada "humanización del patronato." (P. 288, 294, 292, 294).

V

Se ha controvertido —y alguna vez en este mismo periódico— su oración académica sobre "Los Peligros de la Fraternidad". En ella, en propiedad, Irureta utilizó los términos de la Trinidad teológica (forma la más literaria de vestir las ideas para la ocasión en que fueran pronunciadas) para decir su fe liberal en la libertad contra lo que en terminología contemporánea (Legaz, Ayala Sampay) se llama "democracia radical de masas", con sus rasgos de rigurosa igualdad de técnica autoritaria y de contenido dogmático. La amenaza omnipotente de un mundo horrendamente unificado, nivelado y despersonalizado, con rebafos ritualizados, con rebafos mentales, enloquecidos y unidos a la esquila variable de cualquier propaganda y que se es peor —que se cree felices y libres es demasiado ubicua para atarla a algún sermo prepotente, pedante e inescrupuloso. Aunque montara guardia en los lindes —cada vez más cortos— del mundo propiamente civilizado no se mala ocupación, no rastrear dentro de nuestras propias sociedades sólo puede significar ceguera o cobardía. Fue a ella hacia la que Irureta afió su puntería, y lo hizo naturalmente con su mentalidad, sus argumentos y hasta su lenguaje. Porque él, que es muy sensible a las variaciones de la realidad, a los cambios del clima histórico, nos expresó con una terminología generalmente denotada en 1910, y todavía en 1944 hablaba de "reformismo de Bernstei" y de "las paradojas y ficciones del socialismo". En otras circunstancias manejaba un lenguaje científicista y biológico que es resabio de la misma época y del que tan excesivo uso hizo D. Angel Floro Costa a fines de siglo.

VI

Ganadero, profesor, abogodo: tal implicación de tareas tendía casi fatalmente durante un largo trecho de la vida del país a convertirse en política. La política tentó a Irureta y le repelió al mismo tiempo. En sus discursos de la Federación lo vemos durante bastantes años —con exactitud de 1910 a 1919— pugnando por organizar electoralmente los intereses rurales, no a través de un nuevo partido, sino a través de grupos de apoyo que serían la dualización de los círculos tradicionales, y que se paldarían en las urnas a los candidatos propios de uno y otro color. Aunque la tentación ha sido realizada después en otros países y exito, vgr. en Brasil, en el Uruguay no tuvo mañana. Más tarde se convenció sin duda que el destino político de los intereses rurales era la organización de grupos de presión en el sentido que le ha dado al término la ciencia política anglosajona. Consejero de esta

LIBROS

Recién llegados de Francia
Grand Prix DU R O M A N
FRANCAIS:

Jacques Le Gallois — Com-
bât Pour Nos Cadavres

Michel Mercier — Querelle
Avec La Bête

Lucie Marchal — La Meche
De EE, UU.

Evelyn Waugh — Scott-
King's Modern Europe

A. J. Cronin — Three Loves

John P. Marquand — Point
of No Return

LIBRERIA I B A N A

Convención 1488

Tel.: 9-17-83

grupos le vemos callarse en los años que corren de 1929 a 1940, durante un período en que arreció hasta la beligerancia la pugna entre la política gubernativa y los intereses rurales organizados, en el que se instalaron una dictadura y un gobierno de facto que, sin afán polémico, puede mirarse en mucho como una operación catilinaria de rurales endeudados (y el que lo dude que lea la legislación moratoria del Banco Hipotecario durante los años 33 y subsiguientes).

Pienso que no constituye la menor de las novedades de Irureta el haber visto, con el ejemplo de su prescindencia, las limitaciones y lastres de la intervención del abogado en política. El abogado, entre algunas virtudes suele aportar tres cosas a la política: primero, una estrecha dependencia de los intereses particulares; segundo: una visión quietista y textualista de los problemas históricos, y tercero: una interpretación jurídica y formalista del Bien Común. Todo un reciente período de nuestra historia y de nuestro Ejecutivo podrían confirmarlo. Irureta en cambio, sabía su papel y aunque por su carácter e ideas no fuera especialmente tachable de las dos últimas limitaciones, prefirió defender los intereses particulares con su palabra y su habilidad profesional. Puede decirse que con él y con su inmediata abstinencia se divorciaban fecundamente dos actividades que hasta entonces parecían silogísticamente continuas. Defensor y consejero protagonizó entonces como nadie los riesgos, triunfos y peligros de su profesión: dado que en la "litis" hay casi siempre un perdidoso suscrito a ataques y despertó enconos. Tanto en ello, como en su condición de jefe de una escuela penal revisada y controvertida, pudo decir "que tenía anchas las espaldas."

Irureta fué, como es sabido, positivista en la orientación de su ciencia penal y más anchamente, positivista, sobre todo spenceriano, es el sesgo general de su pensamiento. Sin embargo, el fondo más entrañable y personal de sus ideas, rastreado bien este libro, parece haber sido cierto vitalismo, cierto energismo de raíz vitalista y nietzschiano, muy próximo al expresado por su contemporánea y reyliana "Muerte del Cisne". Con ella tiene Irureta algunas frases de sorprendente identidad de tono: "San Vicente de Paul tiene en Ford un competidor formidable; yo no sé bien cuál resulta más digno de canonización, y eso que nadie discute la acendrada santidad del primero. El Trabajo, el Esfuerzo, el Oro, la Riqueza, la Abundancia, la Voluntad, son sus grandes palabras y nunca las modula sin cargarlas de un cálido contenido, de un fuerte, salubre, matinal sentido. Profesó lejos de todo exceso la concepción de la vida que estos vocablos implican: sin alardes exhibicionistas y sin dureza nietzschiana; salvando siempre un respeto —más que verbal— por los valores personalistas y solidaristas de la moral tradicional. Su vitalismo, su realismo, su culto del hecho, los esfumados pragmatismo y relativismo característicos de su clima mental (p. 427) le alejaban tanto de la fe religiosa como de un materialismo vulgar. La frecuente índole de sus auditorios le condujo a afilar polémica y admirablemente el tema de la eficacia de las ideas: el "penser c'est agir" parece haber sido un principio que enquició su vocación —intelectual y afirmativa al mismo tiempo— y le permitió dar lo mejor de sí mismo.

(Continuará)